



Universidad del
Rosario

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

MAESTRÍA EN PERIODISMO

RICARDO ALFONSO DÍAZ ELJAIEK

Directora: ZULMA CARVAJALINO CALDERÓN

“ORIKA: RETRATO DE UN PUEBLO IMPROVISADO”

CRÓNICA

BOGOTÁ

2019-2020

“¿A ti qué te parece si nosotros hacemos un pueblo?” Estas fueron las palabras de Éver de la Rosa que, como si fuera por un capricho, en una conversación llena de inocencia con su amiga La Nena dieron origen a Orika, un pequeño asentamiento insular de Cartagena.

En 2002, una conversación entre amigos se convirtió en una expedición que con machete en mano tuvo que abrirse paso en medio del bosque de Isla Grande. La lucha comenzó con un yerbal, pero se ha mantenido hasta hoy, teniendo como enemigo principal el abandono sistemático del Estado.

El olvido es el común denominador entre los isleños y los cartageneros más pobres. La isla, que en teoría hace parte de Cartagena, solo existe para aquel turismo que busca las aguas traslúcidas y los corales de este Parque Nacional Natural. Su pueblo sobrevive hoy en condiciones de vida que a veces apenas superan los aspectos básicos en temas de salud, energía y acueducto.

La sensación de soledad que deja un mar tranquilo tras un atardecer caribeño es palpable también en cada rincón de este pequeño paraíso de casas y gentes pobres, que el Estado dejó a su suerte. Todo el pasado de abandono se manifiesta hasta en su forma de percibir el tiempo y el espacio. La gente de Orika, negra y cimarrona (negros que escapaban de la esclavitud y se refugiaban en pequeñas poblaciones), no obstante, recibe al foráneo con generosidad de sonrisas y con abundancia de alegría, fiesta y camaradería.

Esta es su historia.

Lo que vino antes de los recuerdos



La isla está llena de letreros como este, promoviendo el cuidado del ambiente.

Existe evidencia de que hubo un poblamiento indígena organizado en el territorio insular cartagenero. Donaldo Bossa, uno de los historiadores locales más importantes, argumenta que figurillas de cerámica encontradas principalmente en Barú e Isla Grande demuestran que las primeras poblaciones no fueron afrodescendientes ni españolas.

Tras la fundación de Cartagena a principios del siglo XVI, la importancia que tomó la ciudad como puerto negrero influyó la cantidad de afrodescendientes que habitarían su territorio. Algunos negros eran enviados a trabajar en Barú, pero esta isla, de difícil acceso, se convertiría pronto en uno de los numerosos palenques que existieron en todo el país. Un palenque era una población de cimarrones rodeada con palos, como si fueran murallas, para protegerse. De ahí viene el nombre.

Con el pasar de los siglos los baruleros empezaron a superar en número a las poblaciones indígenas insulares. Los movimientos eran comunes entre Barú y las Islas del Rosario en los tiempos posteriores a la Independencia. Los primeros pobladores permanentes de Isla Grande fueron los abuelos de los ancianos que la habitan hoy en día. Llegaron para practicar la pesca y por mucho tiempo su estadía fue itinerante, como ocurría en el pasado. Yemenis Ordosgoitia, encargada de la educación ambiental para el Parque Nacional Natural Corales del Rosario y San Bernardo, escribe que el primer caserío fundado por estas personas se llamó Petares. Además, hubo poblamientos en otros puntos aislados llamados Mamón, La Punta, El Pueblito y Silencio.

El siglo XX trajo consigo el crecimiento del turismo en varias zonas del Caribe colombiano. Asimismo, los ochenta y el narcotráfico tuvieron efectos en nuestras costas. De acuerdo con el informe de *El entorno ambiental del Parque Nacional Natural Corales del Rosario y de San Bernardo*, se promovió la construcción de hoteles y propiedades privadas de lujo. Nuevos bañistas venían a conocer el diáfano color del mar. Por otro lado, los narcotraficantes empezaron a construir edificios colosales en todas las islas. Muchos de ellos se encuentran hoy abandonados y se han rodeado de leyendas que atraen el turismo contemporáneo. En el caso particular de Isla Grande, un gran territorio llamado *Éxtasis* fue incautado por el Estado entre 2001 y 2002. El terreno se dio a la administración de la Armada Nacional, que aún tiene sede y presencia visible en la isla. No obstante, este fue un hecho crucial que permitió que los pobladores de la isla se organizaran en el interior del territorio, en El Pueblito, para darle nacimiento a Orika.



Las costas de Isla Grande pertenecen a poseedores adinerados, que suelen construir muelles como este.

Tras una batalla legal que se resolvió en el 2006 y en la que intervinieron el Incoder y la Corte Constitucional, los nativos obtuvieron el reconocimiento oficial de población ancestral, consagrado en la Ley 70 de 1993, que protege a poblaciones negras en terrenos baldíos. Hoy, la isla cuenta con un colegio, que acoge estudiantes de todo el archipiélago; un pequeño puesto de salud, una cancha y un consejo comunitario. Además, se está poniendo de moda el establecimiento de ecohoteles. Los nativos guardan una fuerte identidad cimarrona y reconocen una lucha que ahora está enfocada en desterrar el olvido al que los tienen subyugados.

Desafiando el tiempo y el espacio

Cada vez son más las personas que se consideran peregrinas del estilo de vida ciudadano. La guía de turismo que contacté es uno de esos ejemplos. Vive en Orika desde hace unos meses con su novia. Fue ella quien me explicó las bases fundacionales de la isla. Escuchándola, sentía que traducía al español cartagenero la realidad de la isla desde su

perspectiva. Ella representaba ese puente entre el color que se escondía detrás de las palabras, el acento y las particularidades del habla isleña. Al escucharla con su acento cartagenero, se percibía que hacía un doble esfuerzo: uno por reproducir lo que ha aprendido y otro por adaptarlo al entendimiento de un forastero.

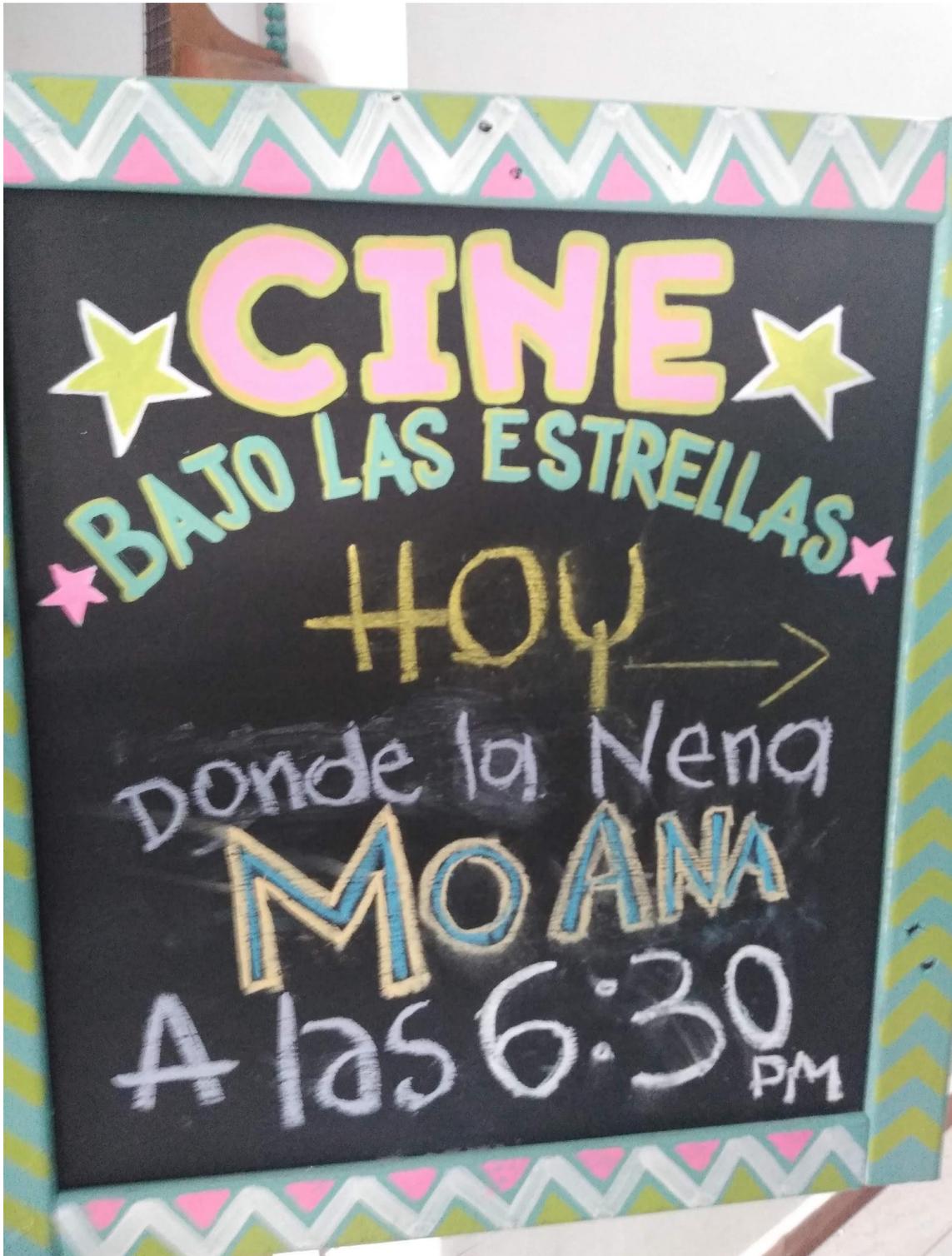
A la isla llegamos de noche. Un viaje improvisado y demorado. La fuerte oscuridad me revelaba apenas una fracción de lo que era la isla. El mar había desaparecido. En la oscuridad tomamos el primer camino. Luego nos sentamos a conversar.

Estábamos sobre un tronco, en la mitad de un claro. Encima del tronco había una tabla de madera para sentarse. No tenía ni un solo clavo, todo estaba simplemente puesto ahí. De vez en cuando, un niño o una niña salían de la oscuridad y se acostaban en una hamaca al lado de nosotros. No nos escuchaban. Tan solo estaban ahí por unos minutos y luego se iban. Yo me sorprendía con que hubiera una especie de sala de estar en la mitad de un claro. Frente nosotros había una casa iluminada con vela, se veía la llama tras la ventana. Detrás tomaba lugar una celebración de cumpleaños. Un picó encendido a todo volumen, que no nos molestaba porque de alguna manera parecía hacer parte del ambiente natural. En la fiesta, las niñas daban pasos exagerados, robóticos y explosivos. Sus cuerpos se movían con la gracia de bailarinas de mayor edad. Mientras tanto, los niños movían las manos como si tocaran una consola en el aire. Pensé que la isla tenía estereotipos de género altamente marcados, pero a nadie parecía molestarle. Las mujeres hablaban en medio del estruendo sin perturbarse, y sus hijas movían los cuerpos de una forma que llamaría la atención de cualquier extraño.



Una sala de estar en medio de un claro.

– Aquí no hay tiempo – me decía Marcela, la guía– . Nosotras no estamos aquí porque queramos relajarnos y ya, la playita, tú sabes. Nosotras también queremos hacer parte de la comunidad y creo que nos han aceptado. Ya nos pusieron apodo. Somos ‘las flacas flow’. Pero mira por qué te lo digo. Nosotras apenas llegamos montamos un cine. En el muro de nuestra cabaña ponemos el proyector y los niños se vuelven es locos, pero hemos tenido que entender cómo funciona la cosa. Primero, intentamos diciéndole a un niño que regara la noticia de que a las seis habría una película. Esa tarde, el niño llegó solo. Sin embargo, al ratico empezaron a llegar otros niños que veían la luz del proyector y sentían curiosidad. No habían pasado quince minutos cuando ya estaba lleno. En ese momento entendí que aquí no había tiempo. Ahora salimos en las bicicletas y vamos llamando a los niños unos minutos antes de empezar la película.



El póster de una de las películas que presentan.

Pero eso no es todo. Aquí funciona así con todo el mundo. Mira que yo tengo tres bicicletas y una la tengo dañada. El amigo que me las arregla, el nieto de la Nena, me dijo hace rato me la iba a arreglar. Yo sé que él me la va a arreglar y será pronto, pero

no sé cuándo. Y esa es la vaina, si aquí alguien te dice algo, lo hace, no sabemos cuándo, pero lo hace. Aquí perciben el tiempo de una manera diferente”.

La Nena

– Todos tienen apodo aquí – dijo Marcela– . A mí no me parecía sorprendente porque así es más o menos la Cartagena que yo conozco. Sin embargo, apenas llegué a la isla, antes de la conversación en el claro, me di cuenta de que los estaba subestimando.

Marcela me había advertido que tenía que hablar con la Nena. En medio de la noche, con esa oscuridad de la costa caracterizada por faroles lejanos, el silencio del mar (que es diferente al silencio de la montaña), el ruido de los insectos y las hojas de los árboles, se nos atravesó una mujer mientras me llevaban a conocer Orika.

– ¡Nena! – gritó Marcela.

– Ajá mamita, ¿cómo estuvo la llegada? – respondió– Hablaron un momento más.

– Nena, tenemos hambre.

– Mira, vete *pa'* allá donde *ef* Figurita. Ahí al *lao* pusieron una pizzería. A mí me gustan.

Ya había concluido que el tiempo funcionaba diferente, pero al parecer el espacio también. Como sucede en muchos pueblos pequeños de Colombia, los lugares no se encuentran en un sitio en el espacio, sino al lado de un “algo” o “alguien” que todos conocen.

La Nena me recordaba a esas ancianas de la literatura negra, y como las abuelas de los escritos de Gabo, era también una contadora de historias. Era un poco como las viejas

negras del escritor providenciano Benito Robinson-Bent, que se sentaban en una mecedora y hablaban de un pasado nostálgico sin mirarte, sino, más bien, mirando el cuerpo del relato mismo. Incluso, podría paragonarse con personajes de Toni Morrison, aquella escritora que ganó el Premio Nobel por retratar la dura realidad de las negritudes estadounidenses, haciendo un gran énfasis en la nostalgia y el olvido que habían sido acarreados por el pasado.

Comenzó a contarme su historia, que era la historia misma del pueblo, como si yo fuera un nieto suyo preguntándole por el pasado.



La Nena cocinando para un grupo de turistas

–Yo era guardia cimarrona. Teníamos turnos de día y de noche. Trabajamos resguardando las islas y el pueblo. Somos cimarrones. Yo soy cimarrona. Éramos un grupo de gente a la que los celadores le pagaban. Nosotros íbamos y le dábamos vuelta para que no los robaran. Estábamos en la fiesta para evitar pelea, apagar el picó a la

hora que fuera. Todavía el grupo funciona. Todavía hay cimarrones, la que no funciona soy yo [se ríe].

Como muchos nativos, Enerina Molina, la Nena, también tuvo que enfrentarse al Estado para hacerse con una porción de tierra. Fue presidenta del consejo comunitario de las Islas del Rosario por dieciséis años. Ha sentido en carne propia los cambios de su isla y del archipiélago. Hoy cuenta con uno de los únicos terrenos costeros poseídos por un nativo. Así lo cuenta:

– Yo comencé a reformar y a limpiar, porque esto era un basurero. Uno se encuentra de todo. Yo me encontré una vez dos bolsitas de cocaína. Una sobrina mía se encontró una. Por eso es que a mí en la mañana temprano me gusta estar en la orilla, a ver qué llega. Antes llegaban manzanas, naranjas y todo eso... de los buques. Ahí construí mi cabañita, que tenía dos piececitas y era de palma.

Pero, como ha sido ya mencionado, su relato no estuvo exento de dificultades.

– Una vez se me presentaron doscientos policías en un buque. “Hay desalojo”, dijeron. Yo comencé a llamar a la gente del consejo. A los policías les dije, “amigo, ustedes aquí no llegan. Nosotros nos tenemos que ir a Cartagena, nos vamos a hablar con el alcalde menor a ver qué es lo que está pasando aquí”. Se armó la revolución con toda la gente. Yo les dije, “¡se me baja uno solo! Yo recibo a uno solo. Aquí no se me baja nadie”. Me explicaron que esto era de un señor extranjero. Les dije que esos terrenos son de mis abuelos, de Nicolás y Enerina Molina. Los hice devolver y nos fuimos a la alcaldía menor. Nos fuimos mi compañero Éver de las Rosa, el representante legal del consejo, y Joselito, el del picó, que nos llevó en su lancha. Estuvimos allá todo el día, mostramos todo y no me volvieron a molestar más. Entonces, yo hoy en día soy la única que está titulada con un terreno frente al mar. Todos los demás son poseedores de mala fe.

Para la Nena, los poseedores de mala fe son aquellos propietarios foráneos que reclaman territorios en la isla.

La noche

La noche fue una de las cosas que más alejado me hizo sentir de algunos compatriotas. Algunas casas tienen acceso a un generador de energía que mantiene tanto las luces como la música de los picós que se escuchan en la lejanía. Otras, en cambio, permanecen en el pasado, iluminadas con velas o en la absoluta oscuridad.

A la isla se accede por los muelles de las costas, mientras que Orika, el pueblo, se encuentra en el centro, encerrado entre árboles. Los caminos que comunican estos centros no tienen ningún tipo de iluminación.

En la noche, grupos de jóvenes se ven caminando o en bicicleta con una pequeña linterna para todos. Se acercan y lo primero que se percibe de ellos son sus risas, después sus chismes con acento *goppiao* (golpeado). Por último, se ve la fuente de luz blandiéndose tímidamente en el horizonte invisible.



Las rutas de la isla.

Caminamos a tientas en medio de la noche, cuidando los pies de las raíces y el rostro de las ramas. En cualquier momento aparecía una persona difícil de identificar, que caminaba sola en una oscuridad envolvente.



Las rutas en la noche.

Me maravillaba cómo conocían el camino y que, pese a la oscuridad, no le temían a nada que ella pudiera depararles. Los niños andaban solos o con sus amigos y casi siempre sin sus padres entre pasillos naturales que eran difíciles de distinguir porque la oscuridad era cegadora. El sonido de las ramas desapareció, porque era una noche sin viento. A la distancia se escuchaba, cada vez con más fuerza, el sonido de un picó. Noté que para un recién llegado como yo, era poco lo que ese sonido lejano me servía de guía, pues la oscuridad se devoraba todo y me hacía sentir en la mitad de la nada.

La casa de Pablo

Una mansión enorme que los lancheros venden como una propiedad de Pablo Escobar es una de las atracciones principales. Los turistas escuchan esta historia todo el tiempo, pues se ha desarrollado toda una narración a su alrededor.

– Pero no podemos andar por ahí tomando fotos– me dijo Marcela– . Ahí hay una familia que se apoderó del terreno y son hostiles.

Si se busca en internet, varias páginas de dudosa credibilidad mencionan la mansión de Pablo. Cuando uno llega, lo primero que se encuentra es un letrero en aerosol que dice “Pablo’s House” y el precio para las fotos.



“Pablo’s House: 10.000 for photo”.

Caminando por la mansión, me sentía pisando los remanentes de un monumento a la ostentación. La energía que emanaba y el silencio de este edificio abandonado me parecieron inquietantes.

Es una edificación enorme. Tiene escaleras y al menos cuatro pisos, un sitio que dicen que es un helipuerto y una piscina seca.



El camino que lleva a la mansión

Tres hombres jóvenes charlaban animados hasta el momento que nos vieron. Cada paso que dábamos era seguido por sus ojos. Nos sentíamos observados, pero intentamos caminar con la seguridad de quien no está haciendo nada malo. Las fotos de este capítulo fueron tomadas con sigilo, pues no queríamos pagar el arbitrario precio que advertimos al principio.



La piscina

No tuve claro si la familia que se había apoderado del lugar estaba relacionada con los tres jóvenes que nos seguían con la mirada. La energía silenciosa se confundía con nuestra impresión de estar caminando sobre un pasado sospechoso. En un momento nos pusimos de pie sobre el “helipuerto” a contemplar la vista del mar desde allí.

– ¡Ustedes saben que no pueden estar aquí. Mi mujer ya se los había dicho!

Probablemente nos confundía con alguien más. Era un negro de barriga colgante que se acercaba a nosotros, chancleteando. Apenas escuché su rabia, volteé hacia los tres jóvenes, que no habían cambiado su expresión. Parecían preguntarse “¿qué están haciendo aquí?” No les importó el nuevo jugador que entró en la escena, no se inmutaron.

Marcela, tratando de aclararle al hombre que estaba equivocado, empezó a perder el control de su temperamento y a responderle de la misma manera. El hombre empezó a agredirnos con sus gritos. Se paró detrás de nosotros, como si el frente fuera la salida.

Yo entendí que algo no estaba bien, así que empecé a caminar hacia donde el hombre quería que lo hiciera. Marcela me siguió, pero no dejaba de responderle.

– ¡Esa casa no es de ningún Pablo Escobar! – nos comentó la Nena al regresar– Ese cuento lo inventan los lancheros para echárselo a los turistas. Eso está hoy en día tan abandonado que el gobierno se los quiere quitar a los hijos del dueño, que ya se murió. Aquí ningún Pablo Escobar ha tenido nunca terrenos. Es cierto que hubo una época en donde los narcotraficantes pasaban y nos daban plata. Por ahí quedan las ruinas de una casa de Gacha. Eso se desbarató y lo vendieron. Yo en esos tiempos me encontraba bolsitas de perico flotando en el mar y me iba *pa' Cattagena a vendel-las*. Me hacía mi platica, figúrate.

Era un relato nada más, una ficción, que se había vuelto rentable. En cuanto a los habitantes de la casa, antes de salir, de escapar, noté una cocina improvisada. Según Marcela, su hostilidad se debía a que se habían apoderado de la edificación entera, así como para hacerla casa suya. No es difícil concluir que cualquiera sería hostil con aquellos que intentan invadir su territorio, especialmente si son forasteros.

Los “picós”



La virgen del Rosario rodeada por el escenario del picó.

Envueltos en paredes de zinc, los isleños se reúnen para celebrar las fiestas patronales de la Virgen del Rosario, que tuvieron lugar el 12, 13 y 14 de octubre. Este evento atrae gente de todos los rincones de Cartagena. Tiene una tarima en donde se monta el famoso picó, aquellos parlantes de tamaño y decoración rimbombantes, cuyo nombre proviene de la característica pronunciación costeña del anglicismo *pick up*. Había pocos turistas. Además de nosotros, se encontraba una pareja que se hospedaba en un ecohotel. Los demás eran lugareños.

Se tocó champeta y hubo porro en vivo. Para entrar en el recinto de hojalata, los hombres pagamos diez mil pesos y las mujeres cinco mil. El baño era una simple prolongación de la pared que recubría una esquina en donde solo entraban mujeres. Los hombres tenían el resto de la pared para ellos.

Los niños, por supuesto, bailaban fuera del recinto. Dentro, había hombres y mujeres jóvenes y viejos. No había restricción. Nadie bailaba mirando a nadie. En un momento, incluso, vi a una mujer transgénero que bailaba con su grupo de amigas. La única mirada curiosa de todo el lugar era la mía.



Panfletos de la Policía explicando los horarios de los picós

Cuando llegó la banda de porro la gente que no había pagado formó escándalo y se intentó escabullir. Tuvo que intervenir la policía (dos uniformados), que se distrajeron con las mujeres que les bailaban. En algún momento dudé si estaba pasando algo serio de verdad. Al final no pasó nada, pero tanto asistentes como testigos me contaron que nunca habían cobrado por escuchar la papayera. El sentido de comunidad me pareció, una vez más, muy fuerte.

Paíto



La casa de Paíto.

“Eso es pura emoción... la música es pura emoción”, me decía Paíto con dificultad, mientras yo miraba asombrado a este hombre de 80 años, cuyo entorno no permite imaginar que ha representando a Colombia en Chile, Costa Rica, Brasil, Estados Unidos, Alemania, España y Francia. Sus costumbres, inmutables a pesar de su trayectoria, eran las de un isleño más.

Sixto Silgado Martínez, Paíto, reía con algunos dientes desgastados mientras intentaba narrarme en poquísimas palabras y el timbre de un viejo lo que había sido su vida. Desde muy pequeño se enamoró de la gaita. Tomó la gaita hembra, la de los tonos agudos, para aprender. Todavía siendo un niño se consolidó en la gaita macho, que con sus tonos graves es la que otorga los ritmos a una canción. Con los Gaiteros de Punta

Brava (una banda conformada por él y sus hijos) ha estado en conciertos en todo el país y varias partes del mundo.

En el siguiente enlace se puede escuchar el son de la gaita de Paíto:

https://www.youtube.com/watch?v=OC1UgJqOd7A&list=RDEMV0J_f4KcPU_8yF1IhPbp3Q&index=5

– ¿Y a qué te dedicas acá?

– Trabajando. Armamos los techos de palma o *etenní* (Eternit). Pero ya así casi no trabajo. Ya los hijos de uno no quieren que me suba hasta allá arriba.

Con muy pocas palabras, pues al parecer lo suyo es la música, cuenta que él solo va donde le digan, que le gusta todo.

– Yo no tengo queja. Por ejemplo, allá en España hay mar. Todo el mundo se metía y yo me quedé fuera. Les decía “allá en las Islas del Rosario también hay mar, ¡métanse ustedes!”

Paíto, que dice que su apodo salió de los viejos de su niñez, triunfa hoy con los Gaiteros de Punta Brava. Además de sus giras internacionales y un álbum llamado *Gaita negra*, se puede escuchar en Youtube, Spotify y Deezer.

Llama la atención la paradoja de Paíto: una celebridad de talla internacional arraigada en su tierra olvidada y sus costumbres carentes de lujo. Como el pueblo, su vida transcurre entre la inmovilidad y la improvisación. Tanto Orika como Paíto, en medio del abandono, han encontrado la manera de sobrevivir.

Orika



Una casa abandonada

Es interesante cómo los cuentos costeños son frecuentemente narrados con tanta naturalidad, como si todo lo que ocurriera, no importa cuán mágico parezca, fuera normal.

Orika nació después de que los nativos se juntaron en una zona de la isla que llamaban El Pueblito. Tras el reconocimiento como pueblo ancestral, los representantes del Estado empezaron a traer la documentación para oficializar la fundación.

Así lo cuenta la Nena:

– Una vez estaba yo con mi compadre Éver de la Rosa y un muchacho de Bocachica que le dicen el *Pottorro* (Puertorro). Estábamos ahí sentados y ellos dicen, “ajá Nena, ¿a ti qué te parece si nosotros hacemos un pueblo allá en *ey yebbá* (el yerbal)?”. Se llamaba así porque era pura yerba.

»Dejamos espacio para el cementerio, para la cancha de fútbol y para las zonas verdes.

»¿Qué te parece?

»— ¿Y si *noj* echan la policía, y si *noj* echan la ley? El hombre que *ed* dueño de *ejto ej* mafioso? ¿Y si *noj* matan?” – les decía.

»— ¿Cómo? ¿Que *usté* tiene miedo? ¡Que no sé qué!

»Eso fue un miércoles 15 de julio. Yo pensaba, “a mí me suena” y como te digo, yo soy *pa'lante*... La mañana siguiente agarré un cuaderno. Comencé a llegar a la gente y gritaba “¡Oye, vamos a armar un pueblo! ¡Oye, qué les parece, vamos a armar un pueblo! ¿Quién se inscribe, quién se le mide, quién va?”

»Vea, el cuaderno fue poquito para la gente que se iba anotando. La gente llegaba allá donde mi mamá. Eso fue la locura. Inscibí jueves, viernes y sábado. Les dije: “el día lunes vamos *pa'entro*, ¡vamos a trochar!” Así íbamos abriendo para entrar.

»El lunes, eso era la bulla, el machete que sonaba y la gente *metía* (metida). Eso era un escándalo, la gente emocionada tirando machete, las mujeres cocinando. Eso fue en el 2002, comenzamos un 21 de julio. Esa es la fecha que tengo más clara. En una semana esa gente todo eso lo limpiaron.

»Mira lo que nos pasó uno de esos días. Armamos un fogón y cuando vimos la paila moviéndose ¡era una culebra que estaba debajo del fogón!, y esa culebra con la candela [la Nena movía el cuerpo como imitando el movimiento de la serpiente]: se armó un escándalo.

»Mi compañero Éver de la Rosa y yo comenzamos a medir los terrenos de diez por veinte. Comenzamos a medir, cada diez por veinte clavábamos un palo. Las calles medían seis metros. Todo lo hicimos con conocimiento que ya teníamos. Abrimos un total de cinco calles. La gente emocionada se buscaba su madera y hasta bolsas, y comenzaba a construir. Luego empezamos a hacer los croquis. Las casas las marcamos

por número. Los terrenos los entregamos por sorteo. Numeramos todos los terrenos y los echamos en unas bolsas, y así repartimos. Por ejemplo: si tú sacabas el doce, tenías que buscarlo y ahí te posesionabas.

– ¿Y cómo pasó de ser un asentamiento a llamarse Orika?, le pregunté.



Un grafiti con el nombre del pueblo en una de sus calles.

– Primero uno le decía “El Pueblito”. Cuando ya estábamos reunidos ahí nos trajeron unos libros de la alcaldía. Estos libros eran para aprender qué era la Ley 70, que es la que nos cobija a nosotros como afrodescendientes. En ellos había historias que contar para que nosotros pudiéramos defendernos. Una de esas era la de Benkos-Biohó y de su hija Orika...

»Todo eso son unas historias larguísimas. Benkos-Biohó era un hombre muy fuerte y luchador, como nosotros. Orika se metió a la prostitución y se le perdió al papá, pero ella también era luchadora como él. Entonces nosotros, como luchadores, para

fortalecernos, nos pusimos Orika como pueblo y a nuestra plaza la llamamos Benkos-Biohó.

Orika es, en realidad, un personaje de la historia cartagenera y palenquera que se difumina entre la realidad y la leyenda. La tradición oral la representa como una luchadora que tuvo un final fatal, ya que fue juzgada como traidora. Sin embargo, no hay información disponible que sugiera que fue prostituta. En cambio, fue la princesa de un palenque. El escritor cartagenero Germán Espinosa dedica una novela completa a su vida y la de su padre.

– Nena, ¿y tú dónde naciste?

– Yo nací entre esta isla y Barú. Iba en un bote de vela. Antes usaban botes de vela con canaleta. Mi papá iba a llevar a mi mamá a Barú, porque allá era que estaba la comadrona, la partera. Mi mamá le cuenta que ahí le atacó un dolor muy fuerte. Ahí en el bote con mi papá, ahí nací yo, dentro del mar. Mi papá me agarró, me acomodaron en unos trapos y me pusieron en una estera. Entonces remaron hasta Barú, en donde estaba la partera que se llamaba Lupe, pa' que la señora me cortara el ombligo, en medio del mar...

El olvido



La Plaza de Benkos-Biohó

Puede que el estilo de vida sencillo de los isleños, en donde la fiesta y la complicidad toman un papel protagónico, eclipse la realidad que se esconde detrás del paraíso. En esta isla, la única fortuna que ha tocado sus arenas es la actitud luchadora de los pobladores de Orika. El pueblo comenzó en la improvisación y continúa enfrentándose al olvido del Estado sin la ayuda de nadie.

El puesto de salud, por ejemplo, es pequeño y los lugareños encuentran solución solo a urgencias básicas. La Nena dice haberlo administrado *de facto* durante años, pero después tuvo que retirarse por conflictos de interés. Solo hay un médico, que viene una vez a la semana. Las emergencias y los partos siguen dependiendo del transporte marítimo hacia Cartagena. Unos días antes de mi segunda visita, de hecho, una isleña

fue atacada por unos forasteros. En medio de la noche, se metieron a una edificación de lujo que ella cuidaba con su esposo. Los golpearon y robaron la propiedad. Las víctimas tuvieron que subirse en una lancha e irse a Cartagena. El día de mi llegada me encontré a la Nena en el muelle de Bazurto, que venía de visitar a la víctima en Cartagena y que ese día sería dada de alta. Según la Nena la lucha ha sido prolongada, pero poco se ha logrado con respecto al puesto de salud, aunque escuché rumores de que pronto instalarían un CAI.

Una situación similar se vive con la seguridad. Una de esas noches, sentado en la plaza, dos jóvenes se me acercaron a conversar. Me advirtieron que a pesar de que a veces se ven dos uniformados, o incluso cuatro en temporada alta, no debía andar solo por las rutas de la isla en la oscuridad, pues se estaban presentando atracos. Los testigos los identificaron como venezolanos y baruleros.

Tampoco hay un acueducto en la isla. Un hombre recostado en una columna nos explicaba que las casas recogían agua para todo. El aseo y las duchas funcionan con agua recogida en tanques de Eternit, mientras que los inodoros se bajan con agua del mar que se recoge en baldes. Las personas menos privilegiadas utilizan pozos sépticos.

Finalmente, la energía depende totalmente de plantas eléctricas. Los hoteles y las antenas de servicio celular tienen plantas potentes. Algunos pobladores se han aprovechado de esto y roban energía, mientras que otros son afortunados y pueden pagar su servicio de planta diario. No obstante, siempre se ven casas cuya oscuridad parece salirse por las ventanas, con el reflejo de una velita encendida que se encuentra dentro. Así es, hay personas que no tienen acceso a energía eléctrica en ningún momento del día.

La partida



La Isla Grande.

Consciente de no haber dicho todo lo que se podría decir sobre Orika, pero sí algunas cosas que retratan su origen e idiosincrasia en la que se confunden lo mágico con lo real, me empecé a alejar de la isla en una lancha. Dejé atrás las imágenes de las paredes de corales y la exuberante vegetación de la isla. Mientras tanto, aparecieron en el horizonte los edificios de lujo de Cartagena, que se iban agrandando ante mis ojos rápidamente, mientras la lancha aceleraba y saltaba sobre las pequeñas olas de ese mar tranquilo bajo el atardecer caribeño.